

Unos muchachos beduinos, contrabandistas de cabras, hace nueve años encontraron, dentro de una cueva junto al Mar Muerto, unos rollos de pergamino escritos en hebreo arcaico. Los vendieron a bajo precio en Jerusalén, sin que vendedores ni compradores supieran de lo que se trataba. Pasó algún tiempo antes de que se viniera a entender que esos rollos contenían genuinos libros bíblicos y otros no canónicos, que procedían de una fecha anterior a la de los más antiguos textos hebreos, y que pertenecieron a la secta judía de los esenios.

Sobre estos hechos trabajó Edmund Wilson, componiendo un reportaje en que se emplean todos los recursos que pueden llamar la atención y despertar la curiosidad del lector ingenuo, y hasta del que se figura que no lo es tanto. Bien escrito. En el hallazgo, venta y compra de los primeros pergaminos, hasta la fuga del afortunado metropolitano Samuel, hay excelentes atisbos de "suspense" cinematográfico. La reconstrucción histórica de la secta esenia, las descripciones del ambiente físico, están fraguadas en los moldes de la mejor escuela. Y todo interés sube de punto cuando se consideran las posibles "implicaciones" entre el hallazgo del Mar Muerto y la religión cristiana.

El autor, basándose en discusiones que ya se han suscitado entre los eruditos, toma en cuenta la posibilidad de que Jesús haya pertenecido a la secta esenia, y que, tomando por modelo al Maestro de Justicia fundador de la secta, que murió por la justicia a manos de los impíos, tratara de cumplir por su cuenta la misión de "maestro, mesías o mártir que vivió después". Y como para llevar al extremo la nota sensacionalista, remite a la Iglesia la solución del problema.

No puede negarse que si no fuera por el recurso sensacionalista, no existiría tal libro; y sería una lástima, porque gracias al interés que despierta, divulga importantes nociones sobre aspectos desconocidos del judaísmo precristiano.

A. B. N.

JUAN ALMELA MELIÁ, *Higiene y Terapéutica del Libro*. Fondo de Cultura Económica. México, 1956. 219 pp.

Las enfermedades de los libros realmente existen. Pueden ser producidas por la invasión de organismos destructores o por causas químicas o físicas; y asimismo pueden ser combatidas. De aquí que sea lícito hablar de "patología" del libro. Esto, que todavía parecerá extravagante a muchas personas, ya hace tiempo que ha sido aceptado por eminentes bibliógrafos.

En efecto, "Patología del Libro" fue el título de un discurso que leyó don Amalio Gimeno al ingresar en la Real Academia de la Lengua en 1921. Desde 1938 funciona en Roma un Instituto de Patología del Libro. Hace algunos años el director de dicho Instituto publicó un libro titulado *Patología e Terapia del Libro*. Y por último, hasta se ha acuñado una palabra nueva para designar la ciencia de cuidar y curar los libros.

Juan Almela Meliá no profundiza en los aspectos técnicos de esta ciencia. Para él lo importante es divulgar, empleando un lenguaje que han de entenderlo to-

dos por sencillo y directo, los procedimientos que deben seguirse, por ejemplo, para destruir ciertos animalitos destructores aunque no se conozca su nombre en latín.

Al tratar de la "higiene", habla de los cuidados mediante los cuales cualquier persona puede impedir que sus libros enfermen. Al tratar de la "terapia", describe las operaciones necesarias para reparar y poner en estado de conservación un libro o un documento dañados; operaciones complicadas éstas, las cuales ya

quedan a cargo del restaurador profesional.

Las materias que trata esta obra, en los seis capítulos de que consta, son las siguientes: "El problema de las bibliotecas y archivos". "Lo que se hace y lo que se deja de hacer". "Las enfermedades y los accidentes que sufren los libros". "Higiene y seguridad del libro". "Terapéutica del libro". "Aplicaciones especiales de esta terapéutica".

A. B. N.

Baraja de libros extranjeros

Por Jaime GARCIA TERRES

ANTONIN ARTAUD. *Oeuvres complètes*, Tome I. Paris. Gallimard.)

¿Hasta qué punto es Artaud un verdadero escritor? En ocasiones, aunque no deja de cobrar, aquí y allá, una angustiosa penetración alucinada, su obra se antoja desahogo puro, o escueto delirio, o documento para uso exclusivo del psiquiatra. Como quiera, no es posible desatenderlo: su caso es demasiado sintomático de nuestro tiempo. El problema se resumiría en estas palabras que el mismo Artaud confiaba a Jacques Riviere:



A. Artaud— "caso sintomático de nuestro tiempo"

"¿Piensa usted que sea lícito reconocer menos autenticidad literaria, menor poder de acción, en un poema defectuoso pero sembrado de bellezas fuertes, que en un poema perfecto pero sin gran resonancia interna?... ¿Tan mezclada está la sustancia de mi pensamiento, y tan neutralizada su belleza general por las impurezas y las indecisiones que la recorren, que aquélla no alcanza, literalmente, a existir? "Lo malo es que Antonin Artaud no siempre cumplía esa dosis mínima de belleza; y la tortura y la desesperación, por sí solas, no constituyen títulos de ciudadanía en la exigente república de las letras.

APOLLINAIRE. *Oeuvres Poétiques*. (Paris. Bibl. de la Pléiade; Gallimard.)

Con todas sus frecuentes flaquezas, con sus repeticiones y pueriles artimañas, la poesía de Apollinaire, vista en conjunto, resulta imponente. No dudo que las podas le aprovechen; que la cosecha bruta diluya, antes que exaltar, el brillo de los frutos más logrados. Y sin embargo esta recolección generosa tiene pleno sentido. Guillaume Apollinaire podrá no ser un genio parejo y definitivo, ni siquiera un innovador consistente; poseyó en cambio cierta inagotable elocuencia y una perpetua capacidad para el destello personal. Aun en sus peores momentos hay algo que lo ennoblece: un aura de canción desnuda; una cálida música sensual que prevalece sobre la rutina y el desfallecimiento inventivo.

FERNAND CROMMELYNCK. *Théâtre complet* 1: *Chaud et froid; Une femme qu'a le coeur trop petit*. (Paris. Seuil.)

Cuando, hace pocos meses, tuve oportunidad de leer *Les amants puérils* en uno de los cuadernos periódicos que suelen publicar las piezas estrenadas o repuestas en los teatros de París, no acertaba yo a explicarme por qué el autor de esa espléndida obra (que lo es también de *Le cocu magnifique* y *Carina*) no contaba aún con una edición colectiva de sus trabajos. Me ha sorprendido, pues, muy gratamente que *Les éditions du seuil* hayan iniciado ya tan indispensable empresa. Los dos ejercicios que aloja el primer tomo no constituyen, en sí, revelaciones extraordinarias; pero sin duda preludian una de las expresiones más vigorosas del teatro moderno, y junto con las